

POEMAS DE CELSO EMILIO FERREIRO Y RAFAEL MORALES (CONVERSACIÓN CON PABLO POMBO*)

*Ana María Platas Tasende***
Instituto Rosalía de Castro
Santiago de Compostela

Su apellido podría ser gallego. Nació, sin embargo, en Escalona, lleva las huellas de la riquísima cultura de Toledo metidas en el alma y se formó y se desarrolló como pintor en Madrid, rodeado siempre de otros artistas, muchos de ellos hombres de letras.

Pablo Pombo sintió desde muy pronto la llamada de la pintura y, aunque reconoce que la técnica puede aprenderse muy bien en Bellas Artes, no duda en afirmar que a la posteridad no se llega únicamente con la técnica ni con el virtuosismo: hay que dar con el soplo de la creación. De la misma manera piensa que, aunque en la juventud debe copiarse de modelos, esta imitación ha de dejarse luego para buscar un camino propio, no trillado, no servil. Quien no lo encuentre, no debe esperar nada de su futuro como artista. Para Pablo, católico ferviente, ese camino viene de muy arriba.

A Pombo, que se ha decantado por la pintura religiosa, y sobre todo por la representación de la figura de

Cristo en distintos momentos de la Pasión, puede calificársele de neoexpresionista. Aunque se reconoce deudor de antecesores diversos, entre ellos el Greco, Goya y, en especial, Van Gogh, sus cuadros son inconfundiblemente suyos en los temas y en las técnicas, en el color, en la pincelada y en la composición. Este hombre singular, de conversación generosa, ocupa un destacado puesto entre los primeros pintores españoles actuales.

La crítica es unánime al subrayar la soledad, el desvalimiento, el desasosiego que emanan de sus telas. En ellas, entre fondos oscuros, sobresale la luminosidad del blanco, con el que alternan el violeta y el rojo, el amarillo, el verde o el azul. El uso de algunos de estos colores ha llevado a pensar, además de en los maestros arriba citados, en Ribera y en Zurbarán.

Pombo no puede tranquilizar a quien ve las imágenes de sus obras porque él las pinta con el nervio y la angustia del que siente su mismo dolor

* Desde a súa fundación, a REVISTA GALEGA DO ENSINO respecta nas entrevistas a lingua castelá dos hispanofalantes.

** Catedrática de Lingua e Literatura.

(“Dios me perdone, pero no he visto a nadie hacerse el hara-kiri a punta de pincel, como en tu caso”, escribió de él Ramón Faraldo). Sorprendido de lo que va saliendo de sus manos, el autor es el primero en sufrir la dramática fuerza de unos ojos que lo observan, las torturas de un cuerpo crucificado, el dominio de la muerte sobre una cabeza que se desploma. La ligereza y la ingravidez místicas caracterizan estas figuras, que parecen, en su hondo patetismo, sometidas a un impulso ascensional. Como si ya no fueran de este mundo, semejan mirarlo y comprenderlo con dulcísimo amor, mientras flotan en un espacio indefinido desde el que, por medio de la piedad, promueven sentimientos de ascesis.

Entre sus exposiciones, que se suceden con regularidad en España y en el extranjero, cuenta mucho para nosotros la que tuvo lugar en la iglesia de San Martiño Pinario, de Santiago, con motivo de la Peregrinación y el Encuentro Europeo de Jóvenes, por los meses de julio y agosto del pasado Año Santo. La ocasión supuso un doble acontecimiento: de un lado el impacto que causó en los visitantes, de otro el que recibió el propio pintor, que se prendó, durante su estancia, de la her-

mosura de los viejos granitos de Compostela y del flujo espiritual que inunda a quienes saben captarlos en su hondura.

Desde principios de diciembre de 1999 dos magníficos cuadros suyos pueden admirarse en el crucero de la catedral de la Almudena, en Madrid: *María besa la mano de su Hijo* y *La soledad de María*. Poco después se entregaron, para la misma sede, las campanas y la imagen del Apóstol Santiago donados por Galicia. Pombo, que no es gallego, aunque pudiera, ha estado siempre rodeado de nuestras cosas y de nuestra gente.

Un querido amigo común nos hizo coincidir. Pensaba yo que hurgar en la memoria de un hombre tan sensible podría ser doloroso. Creo que lo fue, y creo también que Pombo me ofreció sus recuerdos para que muchos otros puedan vivirlos desde sus palabras. Era éste su homenaje a algunos gallegos que conoció durante una etapa muy importante en su trayectoria de pintor joven, aunque ya con un lugar ganado a pulso en la vanguardia del momento. Celso Emilio Ferreiro¹ fue para él, entre todos, un compañero, un hermano mayor. Los ecos de sus consejos hacen que a Pombo todavía le tiemble la voz.

1 Celso Emilio Ferreiro (Celanova, 1912; Vigo, 1979) es una de las voces más relevantes, fuertes y convincentes de la poesía gallega actual, aunque también destacó como narrador y como articulista de prensa. Convencido hombre de izquierdas, su sinceridad política en tiempos tan delicados como los de la Guerra Civil española le supuso serias dificultades, entre ellas una condena de muerte que no llegó a cumplirse. Problemas económicos y profesionales (a lo largo de su vida fue alternando trabajos diversos) lo llevaron a establecerse en Caracas, donde tampoco lo acompañó la suerte. En el año 1973 regresó a Madrid y allí vivió hasta que la muerte lo sorprendió —el 31 de agosto de 1979— en Vigo. Aunque entre sus poemas quizá los de mayor repercusión hayan sido los de temática social y política, no son menos importantes los que desvelan, con gran hondura,

Nos vemos en el Café Gijón. Con Pablo, su mujer, Olvido. En seguida se advierte que ella es el sosiego, el equilibrio. No digo la dulzura, porque Pablo es también dulce y amable, incluso cuando habla arrolla-

doramente, sinceramente, con toda su energía. A veces un suspiro o un halo que le nubla la mirada son indicios seguros de cómo contiene el peso de un ayer, todavía tan cercano.



— *¿En qué fechas llegó usted al Café Gijón?*

— Entré por primera vez en el Café Gijón a finales de los años sesenta. Entonces el personaje más importante para mí fue el pintor de Lousada (Lugo), Tino Grandío. Enseguida entendí que era el pintor más significativo de Galicia, de sus marinas, de las nieblas impenetrables, del meollo, de la envoltura de Galicia. Recientemente en un viaje de A Coruña a Santiago, al amanecer, sentí el alma de Grandío. ¡Qué belleza en el paisaje, qué inmensidad de grises! Mi amistad con Tino fue honda, pues compartimos en el Gijón muchas noches en nuestros tiempos de bohemia, con todas las alegrías y las tristezas que ello conlleva.



Pablo Pombo.

ra, facetas de un personaje lírico atenazado por preocupaciones existenciales. El dolor, sea cual sea su origen, se manifiesta en ocasiones por medio de recursos sarcásticos o irónicos que, utilizados a modo de catarsis, caracterizan buena parte de su producción. Sus libros poéticos más destacados son *O soño sulagado* (1954), *Longa noite de pedra* (1962) —de ambos compuso poemas en plena guerra—, *Viaxe ao país dos ananos* y *Cantigas de escarnio e maldecir* (los dos de 1968), *Terra de ningures* (1969), *Antipoemas* (1972), *Cimiterio privado* (1973), *Onde o mundo se chama Celanova* (1975). Celso Emilio Ferreiro fue hábil conversador en tertulias como las del Café Roma, en Ourense, o las del Café Gijón, en Madrid. A tan insigne poeta Galicia le dedicó, el 17 de mayo de 1989, el Día das Letras Galegas.

— *¿Cómo era Pablo Pombo por entonces?*

— En aquellos años del Café Gijón yo era un profundo y auténtico bohemio, muy solitario entre mucha de aquella gente de la que emanaba tanta superficialidad. No obstante, conocí a grandes e inolvidables personajes, como fueron los pintores Laxeiro —gran amigo también, acompañado entonces por una extraordinaria mujer, Lala—, Lodeiro, el santanderino Quirós, el genial Manuel Viola...

— *¿Qué metas se había propuesto?*

— Yo perseguía ya entonces lo mismo que ahora, la posteridad, dejar una cicatriz en la historia de la pintura, con la figura de Cristo a la cabeza. En los años setenta comencé a frecuentar una galería de arte en la calle Arenal de Madrid, regentada por un personaje excepcional, Sueiro, también gallego, de Ourense. No sé por qué siempre a lo largo de mi vida se han cruzado en mi camino los gallegos, quizá porque siempre nos entendimos.

— *¿Cómo conoció a Celso Emilio Ferreiro?*

— Sueiro tenía un amigo íntimo que casi todas las tardes pasaba a verlo, y se tomaban unos vinos en el despacho de la galería. Este amigo se llamaba Celso Emilio Ferreiro. Sueiro me lo presentó como el poeta de Galicia y del mundo, y añadió que en ese despacho ser gallego era un título. Yo con mi juventud, llena de espontaneidad y pasión, le contesté: “Yo no quiero

títulos, quiero la inmortalidad”. Sonrieron los dos, mientras Sueiro, cariñosamente, amagaba un puñetazo.



Celso Emilio Ferreiro.

— *¿Qué le pareció a primera vista el poeta?*

— Celso me impresionó desde el primer momento. Su sonrisa fácil y acogedora, al mismo tiempo que serena y prudente, cautivaba. Celso también frecuentaba el Gijón, y enseguida me di cuenta de que a pesar de toda la broza que allí acudía, Celso sobresalía, no sólo como persona sino como el gran poeta que es.

— *¿En qué sentido hablaba antes de sus años bohemios?*

— Por aquel entonces yo bebía bastante y, primero en el despacho de

Sueiro y luego en los bares y restaurantes gallegos de aquella zona, bebíamos vino peleón. Uno de estos bares todavía existe, y cuando ahora, alguna vez, de tarde en tarde, vuelvo por allí, al empujar con mi mano su puerta, recuerdo que también allí puso su mano Celso tantas y tantas veces.

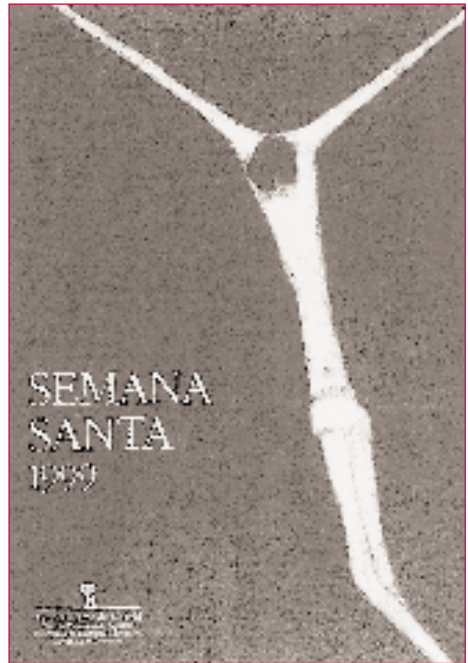


Ecce Homo. Pablo Pombo.

— ¿Como se desarrolló su amistad con Celso? ¿Se vieron con frecuencia?

— A menudo coincidía con él en el Ateneo, cuando se celebraba alguna lectura de poesía. Al finalizar nos íbamos dando un paseo hasta el Café Gijón. Yo le hablaba de mis inquietu-

des, de mis aspiraciones. Le contaba cómo me sentía poseído por la pintura, le hacía partícipe de mis alegrías y mis tristezas, de mis certezas, de mis dudas. Siempre sonreía serenamente diciéndome: “Vas bien, Pablo. Sigue adelante y trabaja. Trabaja mucho”. (*Pombo se pasa una mano por el rostro y murmura, casi para sus adentros*) ¡Cómo habría disfrutado Celso colgando conmigo en el Café Gijón el cartel de la Semana Santa de 1999 del Ayuntamiento de Madrid con un Cristo mío!



— ¿Recuerda alguna anécdota en particular?

— Una noche, durante uno de estos paseos desde el Ateneo hasta el

Gijón, con alguna parada para refrescar la garganta, cuando pasábamos cerca de las Cortes yo me sentí eufórico y empecé a cantar tangos. Noté que Celso se emocionaba, y yo más cantaba y silbaba. “¡Es increíble que cantes tan bien los tangos!” Y los dos en plena calle bailamos el tango, ante la estupefacción de mi mujer, Olvido, y del portero del Hotel Palas. Recogimos mi coche, que tenía en el aparcamiento de las Cortes, y nos dirigimos al Café Gijón.

El primero que nos vio entrar fue Laxeiro, que bromeó acerca de nuestra euforia, pues evidentemente notó que alguna culpa de ella tenían los vinos que habíamos compartido. También él entendía de esto. Celso le pedía la gorra de marinero y él, mientras se la negaba, riéndose subía a su casa, que por cierto tenía encima del Café Gijón.

Por fin, ya entrada la noche, le llevé a la calle Juan Bravo, donde vivía. Desde entonces no puedo oír o cantar un tango sin recordar a Celso.

...Pienso también en otras cosas. Le encantaba como cocinaba Olvido, cocido con hierbabuena, migas manchegas, tortilla de patatas... Hasta se llevó un día un cucurucho de torreznos para que los probara su mujer.

— *¿En qué años transcurría todo esto?*

— Celso Emilio Ferreiro conoció mi obra en 1975, y en 1977 visitó por primera vez mi estudio. A medida que pasaba el tiempo nuestra relación se

iba estrechando. En el Café Gijón, y supongo que en todas partes, los gallegos siempre estaban juntos. Quizá se saliera un poco de esto Grandío, por ser un alma más solitaria, y, antes de que se me olvide, tengo que decir que en Lugo, en la biblioteca del Círculo, hay colgado un cuadro suyo, de Tino Grandío, que ni Velázquez lo habría pintado: un contraluz con dos bueyes arando, el alma de Galicia. Porque hay que reconocer que, siendo Laxeiro un gran pintor, bebió de Picasso, aunque su mundo era gallego, y Grandío sólo bebió de Tino Grandío. Con María Victoria de la Fuente, gran pintora de Galicia y gran dama del arte, a la que



Negra sombra. Homenaje a Rosalía de Castro (pintado durante los años de relación con Celso Emilio Ferreiro).

admiro, comento anécdotas de Grandío cada vez que nos encontramos en nuestras mutuas exposiciones.

— *Por lo que vamos viendo, fueron muchos los artistas gallegos a los que usted trató.*

— Sí. Compartí aquellas noches de bohemia con Celso, Laxeiro, Grandío, Lodeiro... Este último, hace veinte años, cuando mi hijo Pablo tenía sólo cinco, un domingo al mediodía le dio un billete de cien pesetas; mi hijo aún recuerda a aquel señor tan simpático. No puedo dejar de citar a Ramón Faraldo, el crítico de arte más significativo de aquel tiempo, junto con Santiago Amón. Faraldo era gallego y ejercía de gallego. Dio conferencias sobre mi pintura en Cuenca, Toledo y Madrid; a esta última asistió Celso Emilio Ferreiro.

— *Por cierto, el poeta le dedicó en 1978 un hermoso poema que deja ver la turbación que sus cuadros le causaban.*

— Celso y yo, de vez en cuando, pasábamos tiempo viendo mi pintura. La miraba ensimismado, interrogante. Entonces se producía entre nosotros un silencio que era como el más expresivo de los diálogos. Después terminaba diciendo: “Esto es inquietante, Pablo, no puedo decirte más”. Pero me lo dijo todo en el poema “Diante un cuadro de Pombo”. Efectivamente no hay que decir, no hay que saber, sólo hay que sentir, y Celso sentía mi pintura como



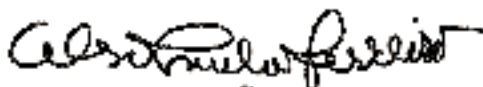
Rafael Morales hacia 1970.

yo sentía su poesía. ¿Por qué? Eso no importa, y bien lo dice él al final del poema: “Eu ben te entendo, Pombo / aunque non sei decir porqué te entendo”. Lo escribió en la calle Juan Bravo, en su casa, y supongo que con la máquina de escribir que utilizaba para mecanografiar su poesía. Con la sensibilidad que le caracterizaba, tuvo la delicadeza de darme no solamente la poesía en gallego firmada por él, sino la traducción al castellano. En una ocasión reproduje la versión gallega en mis tarjetas de felicitación de Pascuas, lo mismo que hice con la que me dedicó Rafael Morales², pero nunca hasta

² Rafael Morales, poeta en castellano, nació en Talavera de la Reina en 1919. Aunque algunos años más joven, es contemporáneo de los “garcilasistas” de la generación de 1936, y, como ellos, amante de la armonía y de la sobriedad del clasicismo, y creador de una lírica intimista a la que en numerosas ocasiones va ligada la

DIANTE UN CADRO DE PÓMBE

Pómbes torcaas, que amuchias cornestruas
 nas noites perturhudas,
 nos bocoes incendiaados,
 cando o amencer se sabaga paxanño
 e acora con puncturas
 de lucas indecisas.
 Uní puzeros tamén,
 e voces soterrañas
 olén do mar
 onde van a morrer tódolos beirros,
 De pronto, a mar ábreita,
 algunha cousa máis do casado
 cu nace un polígramo a mar requerón
 con músicas milantes ésbuxada,
 rente ós encoumbros húmidos da tarde.
 Pintura pomburoga
 que arrala a luz e ansina e vento marino
 do teu país natal, chairo e distarte.
 Eu ben te entendo, Pómbes,
 anque non sei decir porqué te entendo.



Celso Emilio Ferreiro

Madríd, marzo, 1993

ANTE UN CUADRO DE POMBO

Pombo torcaz, que arrojabas cornucopias
 en las noches perturbadas,
 en los bosques incendiados,
 cuando el alba se acerca lentamente
 y mueve sus percertas
 de luces indecisas,
 Hay pájaros también
 y voces subterráneas
 mas allá del mar
 donde van a morir todas las grúas.
 De pronto, a la mano derecha
 alguna cosa muere de sañade
 o nace un pentagrama a la mano izquierda
 con música silente dibujada
 junto a los escombros húmedos de la tarde.
 Pintura pombaraga
 que arrulla la luz y ensimera el viento ~~en~~ leve
 de tu país natal, llano y distante.
~~Yo bish te entiendo, Pombo,~~ Yo bish te entiendo, Pombo,
 aunque no sé decir porqué te entiendo.

hoy las he cedido para que fuesen editadas. Como ve, la de Rafael Morales es autógrafa, y está escrita con la tinta verde que suele usar³.



Efectivamente, y como puede observarse en las copias facsimilares que adjuntamos, Ferreiro entregó a Pombo una versión castellana de su poema. Son curiosas en ella las correcciones hechas con la propia máquina o a mano.

El poema gallego es, métricamente, una silva libre en versos blancos, endecasílabos y heptasílabos, con la excepción de un único pentasílabo. La exquisitez del poeta de Celanova le llevó a ofrecer a su amigo una traducción castellana totalmente literal, mediante la que pudiera identificar cada palabra gallega. Ello justifica las desigualdades de cómputo —algunas fácilmente subsanables— que se deducen de la comparación de los mismos versos en los distintos idiomas, al mismo tiempo que, junto con la firma y la fecha (Madrid, verao, 1978) sólo bajo la versión gallega, permiten notar que era ésta la prioritaria, la única que Ferreiro, otras veces escritor en español, reconocía.

El poema "Diante un cadro de Pombo" va mucho más allá de una ocasional dedicatoria amistosa. De todo él se desprende la inquietud que al autor le producía la contemplación de la obra del toledano. La "Pintura pombarega" que aquí intenta describirse no es un cuadro concreto. Ferreiro expone un estado espiritual, conjunto de sentimientos y de sensaciones nacidos de la visión de los cuadros de Pombo, de las características individualizadoras que uno a uno o en conjunto se derivan de ellos. La alteración del ánimo viene del impacto que produce lo representado y de lo que evocan el colorido y las figuras. Casi todo el poema refleja la perturbación ("Pombo torcaz" —no el palomo doméstico del palomar, sino el silvestre, el que anida en los árboles—, "anuncias cornamusas" —de posibles sonidos hirientes—, "noites perturbadas", "bosques incendiados", "luces indecisas" do "amencer", "voces soterradas", "onde van a morrer tódolos berros", "morre de saudade", "nace [...] a man esquerda", "música silente", "escombros húmidos da tarde"...). La intranquilidad parece remanerse cuando se menciona la calma que sobre las telas puede proyectar la tierra del

temática religiosa. Morales rechaza tanto el esteticismo deshumanizado como el prosaísmo, y se declara partidario de anuar lo entrañablemente humano con la belleza en poemas que, libres de todo compromiso que no sea el amor a las cosas, a los animales y al hombre, lleguen a los lectores a través de un afán evidente de claridad comunicativa. Entre sus obras más relevantes figuran el libro de sonetos *Poemas del toro* (1943), con el que se inaugura la colección de poesía Adonais, *El corazón y la tierra* (1946), *Los desterrados* (1947), *Canción sobre el asfalto* (Premio Nacional de Literatura 1954), *La máscara y los dientes* (1959) o *La rueda y el viento* (1971) —"lirodramas" estos dos últimos, según los ha llamado el autor, por contener una acción lírica—. Posteriores son *Prado de serpientes* (1982) y *Entre tantos adioses* (1993), culminación de su amor por una poesía concisa y rotunda, profundamente original. Rafael Morales es uno de los creadores de temática más variada de su tiempo —y del nuestro— y tiene el mérito indudable de haberse anticipado a otros muchos en la atención lírica a las gentes enfermas o humildes, como los leprosos, los locos, los traperos, los barrenderos, o a objetos aparentemente prosaicos, como el cemento, el cubo de la basura, unos zapatos viejos, la rueda de un carro o una simple chaqueta.

3 Ninguno de los dos poemas que nos ofrece Pombo figura incluido en las ediciones de las obras completas de sus respectivos autores.

pintor, pero renace en la duda final en la que, si bien se afirma y reitera la comprensión de lo contemplado, se admite ignorar el porqué (“ben te entendo”, “aunque non sei decir porqué te entendo”). A la belleza del poema y a la emanación de misterio que de él arranca se une el ritmo solemne y remansado que producen tanto los versos endecasílabos como la abundante aparición de adjetivos. El “yo”, que en el primer verso se escondía tras el vocativo (“Pombo torcaz”) y una forma en segunda persona (“anuncias”), irrumpe con toda su fuerza en el pronombre (“Eu”) y en las desinencias de los dos últimos versos, en los que el predominio de verbos es absoluto y en los que un nuevo vocativo viene a cerrar el apóstrofe lírico que constituye toda la composición, inequívocamente ferreiriana en su forma, su léxico y sus rasgos de estilo.



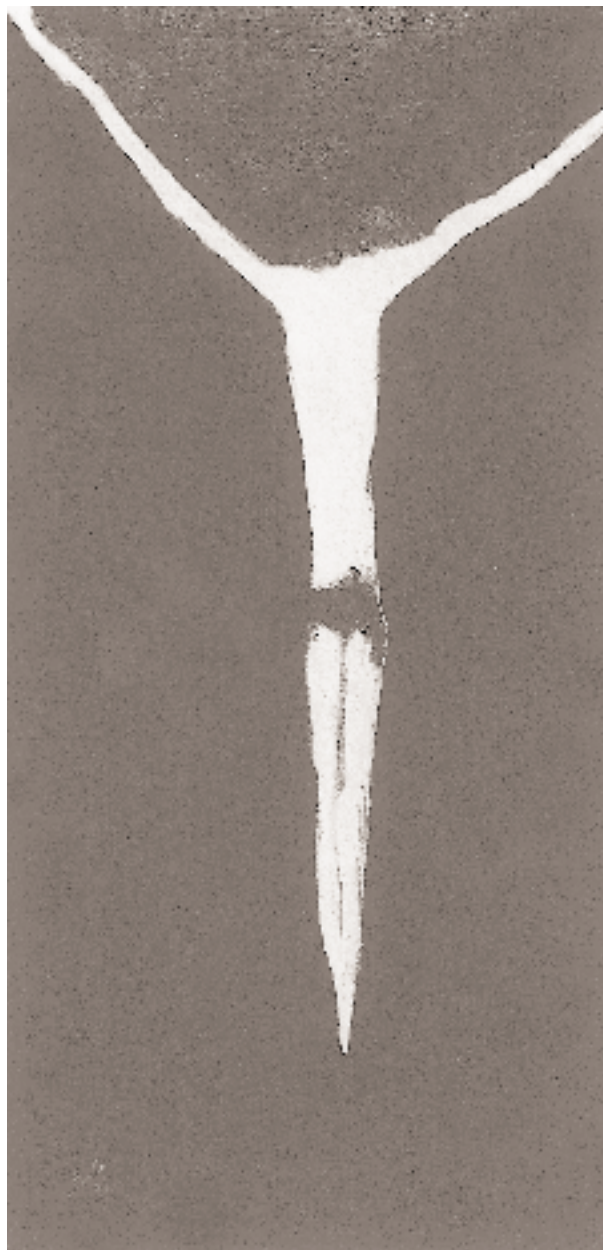
Por lo que respecta al autógrafo de Rafael Morales, también este poeta ha elegido la silva libre en versos blancos, con un predominio notable de heptasílabos roto sólo por un pentasílabo, y un octosílabo y un trisílabo que bien podrían entenderse como un endecasílabo fragmentado, consecuentemente así con el resto de versos de sílabas impares. Este poema, muy reciente (Madrid, 19. 6. 1995), está dedicado únicamente a los cuadros que representan a Cristo (los más característicos del pintor en la actualidad), y de ahí el título “Cristos de Pablo Pombo”. Estamos ante un monólogo lírico que busca el impacto sobre el lector con la recurrencia anafórica (“porque..., porque...”) que destaca lo incruento de la imagen, el vencimiento del dolor mediante

la muerte, y que, en hermosa expresión metafórica, identifica los brazos en cruz con “un grito de alas / contra toda injusticia”. La desolación, que se había contenido hasta entonces, invade los tres últimos versos, en los que, con la soledad de estos Cristos se compara la del ser humano, sojuzgado ya en vida, no triunfante como lo estaban los Cristos muertos: “porque siempre están solos / como siempre está solo / y derrotado el hombre”. En la plasmación lingüística, extraordinariamente sobria, destaca la desnudez y el desgarramiento de los sustantivos (“sangre”, “dolor”, “muerte”, “injusticia”...) y la contundencia terrible de los citados versos finales, donde se repiten estructuras sintácticas y donde los adjetivos aparecen, en parte, también reiterados y, en conjunto, con un punzante valor negativo (“solos”, “solo”, “derrotado”). Deberá notarse cómo dos maestros de las letras hispánicas, Ferreiro y Morales, siguen siéndolo incluso en poemas de amistad, de los que ambos alejan los propósitos laudatorios en beneficio de la íntima expresión del sentimiento.



— ¿Continuó su relación con Celso Emilio Ferreiro después del 78?

— En el Café Gijón vi por última vez a Celso, no podía ser en otro sitio. Fui yo para colgar el cartel de la Exposición Internacional de las Artes Plásticas, Homenaje a Jorge Manrique en su Quinto Centenario, que se iba a celebrar en Palencia en 1979. Estuvimos comentando el acontecimiento y recitando juntos unos versos de las Coplas a la muerte de su padre. Nos dimos



Cristos de Pablo Pombo

Canto a los Cristos
 del pintor Pablo Pombo
 porque no tienen padre,
 porque triunfa del Sol
 en muerte,
 porque alzan los brazos
 en un grito de alas
 contra toda injusticia,
 porque siempre están solos
 como siempre estáis solo
 y derrotado el hombre.

Rafael Morales

19.6.1995

Madrid

un abrazo al despedirnos y no sabíamos que era el último. Pocos días después me enteré de su muerte. No pude acompañarle en Celanova, pues por un accidente tenía yo una mano y un brazo escayolados, y a Olvido, que había recibido recientemente el carnet de conducir, le resultaba impensable hacerlo hasta Galicia. En la exposición de Palencia colgué un crespón negro en un cuadro mío, junto con su poema. En este cuadro se representaba un "Aquelarre", que por cierto se llevó Viola a El Escorial, donde vivía, y a cambio me dio una obra suya.

(En la aludida exposición participaron casi ochenta artistas, pintores y escultores. Entre ellos figuraban Joan Miró, Antonio Tápies, Antonio Saura, Manuel Viola, Manuel Millares, Lucio Muñoz, Eusebio Sempere, César Manrique, José Guerrero... Entre los jóvenes creadores de vanguardia se encontraban obras de Vicente Mateo, Luis Caruncho, Julián Casado, Pablo Pombo...)

...Fue un día triste, muy triste. Ni siquiera pude llorar. Nunca olvidaré a Celso por ser como era. Su poesía la tengo en los libros, pero él, como persona, está en mi corazón. Para mí la persona y la obra van unidas. Si el poeta, el músico o el pintor no son personas, a mí no me vale su obra. Celso lo era, muy grande.

Sentí la poesía de Celso en toda su intensidad el pasado verano en Santiago de Compostela. Expuse en San Martín Pinario, con motivo del Encuentro de Jóvenes Europeos, y esto

me dio la oportunidad de sentir el abrazo de la piedra, de la "longa noite de pedra", como escribía Celso en el que es para mí uno de los poemas más significativos del siglo XX.

...Conozco a muchos poetas contemporáneos y no parece que den importancia a la bondad, a la humanidad, a la integridad, a la autenticidad, sólo a su propia poesía, pero, afortunadamente, en contra de lo que decía Van Gogh, la miseria no existirá siempre. En fin, yo soy un privilegiado. Fui amigo de Celso Emilio Ferreiro y lo soy del patriarca de las letras y gran poeta Rafael Morales, de Talavera de la Reina.





Cuadros de Pablo Pombo en la Catedral de la Almudena (1999).

— *En Madrid se celebraron varios homenajes en honor del poeta de Celanova. ¿Asistió usted a ellos?*

— Del homenaje que se le dio en el Ateneo, conservo la cerámica que se hizo con tal motivo. De los que hablaron sobre él, ni me acuerdo. Sé que alguien habló *ex cathedra*, pues en cualquier acto nunca faltan protagonistas. El que realmente tenía derecho a hablar de él era Sueiro, pero estaba entre el público, sentado a mi lado e impidiendo

que yo me fuera a la mitad del acto, tan enfadado estaba.

Distinto fue el homenaje que se le dio en el Palacio de los Deportes de Madrid. Estaba hasta la bandera. Había gente de todas las edades. Una gran foto de Celso presidía el acto, en el que otros poetas hicieron de recitadores. Una rondalla de ancianos tocaba con bandurrias, laúdes y guitarras. Se apagaron las luces, excepto el foco sobre la rondalla, y fue como si un escalofrío nos recorriera a todos.

Surgieron miles de mecheros encendidos. En ese momento se reconoció públicamente la gloria humana de Celso. Me vine abajo, o arriba, y lloré, le lloré amargamente y me acordé de la castañera de la calle del Arenal, a la que en invierno compraba un cu-

curucho de castañas y que tanto le quería.

Se fueron muriendo, primero Tino Grandío. Le siguió Celso, y más tarde Laxeiro, luego Lodeiro. ¡Qué sencilla es la muerte, y qué tarde se aprende lo sencillo!



Mientras me voy, después de despedirme, trato de descifrar el sentido de sus últimas palabras. Sopla un viento helado. Por pura deformación pienso en Luis Martín-Santos. Hoy ya no podría decir de Madrid aquella comentada frase de *Tiempo de silencio*:

“Hay ciudades tan descabaladas [...] que no tienen catedral”. La Almudena no es quizá la más bella entre las posibles, pero la hermocean los lienzos de Pombo.

Madrid, enero de 2000

